

Un Cuento de Seducción en la Ciudad Jardín:

Un cuento de la ciudad jardín, donde la naturaleza se mezcla con la vida urbana, se desarrolla una historia llena de tentación y seducción.

Mefistófeles, un ser misterioso y seductor, se deleita con el atardecer morado que pinta el cielo con tonalidades mágicas.

Desde que visita esta ciudad, no ha logrado seducir a nadie, pero esta tarde misteriosa, su fechoría será consumada, sin importarle los sentimientos de su presa, desnuda su cuerpo dorado y la muerde levemente, amordazando los ruidos que emite.

Saboreando las delicias de este fruto, Mefistófeles explora su interior en busca del placer tanto del seductor como de la víctima que se deja consumir.

La relación entre ambos alcanza un éxtasis único, una simbiosis en la que el fruto se entrega por completo a Mefistófeles, quien chupa hasta el tuétano de este sabroso mango.

Al pasar la mañana, Mefistófeles hambriento de nuevas fechorías decide ir por más, visita la feria del libro que se lleva a cabo en esta hermosa ciudad. Una carpa blanca ocupa casi toda la plaza, donde se encuentra el monumento al héroe nacional, Bernardo O'Higgins, en el que las palomas sin ningún respeto por la historia, se apoderan de la cabeza del prócer y sus fecas blancas se esparcen en la cabeza de Bernardo.

El evento es grandioso, con escritores famosos que hacen gala de su egocentrismo y buscan destacar. Hombres vanidosos que recitan sus poemas, pensando que pocos entenderán la profundidad intelectual de su filosofía trascendente, cumpliendo con la formalidad de hablar a un público inculto, quedan sorprendidos por las preguntas, que no saben contestar.

En este estrambótico lugar, Mefistófeles espera encontrar el más jugoso de los frutos, frotándose las manos con anticipación, sabiendo que su trampa sería consumada, .seleccionaría la mejor de entre esta nata de personajes curiosos.

Se le presenta una nueva víctima, pero al mirarla con detención, se da cuenta que este fruto no es lo que buscaba y lo desprecia por estar demasiado maduro.

Seguiría buscando un cuerpo tierno, verde y espontáneo, con fuego interno que encienda su pasión.

Desilusionado con esta feria, Mefistófeles espera pacientemente hasta el término del evento, confiando en que en los días venideros, aparecerán mejores frutos, pues los verdaderos anfitriones guardan lo mejor para el final.

Pasan los días y las noches de un cálido invierno, mientras este ser fatal se encuentra desencantado. Sin más alternativas buscará una bataclana en la ciudad puerto, la que recorre una tarde sombría.

Otra desilusión para este tétrico personaje, que pensando en la ciudad bohemia que fue Valparaíso, se encuentra con una ciudad vacía, sus calles sucias, abundan los mendigos y se nota la pobreza, nada queda de la algarabía de los marinos, ni menos de esa pintoresca ciudad, que entre calles estrechas adoquinada de piedra,

trepan los cerros casas de múltiples colores, museos y casas de escritores, paseos que podían hacerse, subiendo por los antiguos ascensores, que transportaban a turistas y pobladores de esta histórica ciudad, que había sido considerada Patrimonio Cultural.

Ni siquiera funcionan los paseos en lancha pues no hay turistas, para hacer el paseo en lancha que visita los barcos de la armada chilena, ni los escasos barcos de carga, presagio de una ciudad que quedará dormida.

Quemando sus últimos cartuchos, en una luminosa mañana, en la fecha de clausura la feria, Mefistófeles encuentra una nueva víctima que despierta su interés. Aunque despliega su mejor esfuerzo, sus encantos son insuficientes en la lucha de seducción, ella se sabe cautivadora y su poesía ilumina su ser con un aire de libertad.

Sin embargo, con múltiples argucias y el poder del dinero, este demonio compra la libertad, de la exquisita diosa del Olimpo.

Mefistófeles llevará a esta nueva víctima a su reino, en el inframundo de Hades, lugar donde solo Hércules, el único mortal que habría entrado, burlando a los Dioses, para capturar al cancerbero y regresar al mundo de los vivos.

Con el plato ya servido, saca la cáscara verde de su presa y descubre su carne blanca y pálida, resaltando la belleza de la ingenuidad.

Con delicadeza, pero aumentando su deseo, la devora hasta llegar a su centro, en un éxtasis frutal.

La manzana verde resulta ser el fruto más sabroso que ha probado en mucho tiempo.

Terminado este episodio, Mefistófeles continúa su búsqueda de lo mortal, siempre en busca de nuevas presas que le brinden el éxtasis de esta relación simbiótica. En su camino, deja una estela de tentación y seducción, alimentando su apetito insaciable por el poder y el placer.

FIN